

# LA MARINA DEL COMPROMISO POLITICO. TOPETE Y LA GLORIOSA

José CERVERA PERY  
Jefe del Servicio Histórico  
de la Armada

Quienes vienen siguiendo este ciclo de conferencias sobre la España marítima en la segunda mitad del siglo XIX han tenido ocasión de familiarizarse, con encuadres temáticos de muy distinta índole —técnicos, estratégicos, pictóricos, conmemorativos—, pero todos ellos agrupados bajo el denominador común de la erudición y amenidad de que han hecho gala mis predecesores en esta tribuna. Me toca por tanto a mí introducirles en el ámbito político en el que la participación de la Marina adquiere un protagonismo esencial. La revolución de 1868, determinante de la caída de Isabel II, que entraña ya sin paliativos una vinculación efectiva de la Armada al proceso político de la época.

A ciento veinte años después de la Gloriosa, todavía la efeméride aparece enmarcada bajo el signo de las contradicciones. La Gloriosa, como se le llamó entonces y se sigue llamando ahora, exaltada entusiásticamente en su momento y vituperada después con ferocidad, se resiente tanto del trato prolongado y afectuoso que le deparó el progresismo nacional, como de la manera despectiva con que ha sido tratada desde las esferas conservadoras o ultramontanas. La realidad es que el alzamiento de 1868, glorioso o desgraciado desde la óptica que se contemple, fue la importante manifestación de un proceso revolucionario gestado con anterioridad y en el que la marina española juega un papel, si no trascendente, al menos lo suficientemente importante para que deba ser tenido en cuenta. Es como digo en el encabezamiento de este título: La Marina del compromiso político.

Pero en el caso de la Gloriosa concurre una circunstancia esencial: la confusión. La confusión que engendra todo hecho revolucionario, agravada en este caso por sus derivaciones imprevistas y por su tremenda repercusión e influencia histórica. El año 68 supuso ante todo la explosión de un largo proceso de concienciación que supo llevar a los españoles de vuelta por el discutible camino de la “honra” tradicional. Hay algo en las palabras escritas en Cádiz —y leídas desde las cubiertas de los buques anclados en su bahía— que permite vislumbrar ya el tono de la revolución burguesa; es el timbre pudoroso y familiar con que suenan sus voces. Porque a pesar de los no pocos radicales e incluso “tragacuras” que se integran en su fila, es una revolución “descafeinada” con un sentido a la defensiva de pronunciamiento restaurador, que López de Ayala, autor de la famosa proclama, no pudo disimular y debajo del que los generales, como la causa más general

del mundo, estamparon sus firmas inconfundiblemente burguesas. Es importante dar fe de ello, para evitar la imagen deformada de una Marina entregada a un proceso denigratorio. En la superficie cuando menos, la revolución que echó a Isabel II del trono tuvo su origen en el meollo de las concepciones burguesas. Burguesía progresiva si se quiere, que intenta arrebatar a la nobleza el terreno difícil que supone todo cambio estructural de trascendencia histórica y que en cierto modo lo consigue, con un sentido moralizador de reacción de las capas de menor permeabilidad de la sociedad, a la corrupción política, a la frivolidad dinástica —ya se sabe las críticas que se formulan alrededor de la reina castiza— y a la infiltración libertina.

La proyección histórica de la Gloriosa —a la que no perderemos de vista— nos obligará a seguir muy de cerca la trayectoria de su principal protagonista-marino, para mí de mayor dimensión y alcance, y sobre todo de más honesto talante que sus copartícipes espadones o políticos: el brigadier de la Armada, don Juan Bautista Topete Carballo, que en la tormentosa mañana septembrina se jugó entorchados y galones en el pórtico de la hermosa bahía gaditana por la causa de una España con honra en la que leal y emocionadamente creía.

No ha merecido demasiada atención por parte de los modernos historiadores el estudio de la vida y la obra de Topete, uno de los marinos sin embargo de más acusada personalidad histórica de la mitad del siglo XIX. Usando una frase de nuestros días, pudiera decirse que el almirante ha tenido hasta ahora mala prensa, pero ésta es una injusta actitud cuya rectificación se hace necesaria. El protagonismo de Topete en la España de su tiempo no se circunscribe simplemente a su actuación en el pronunciamiento gaditano. A Topete, “hombre de corazón fuerte, ávido de gloria”, se le encuentra en todas partes, sobre todo donde tiene el cañón y haya un puesto de gloria a lograr. Así, está presente en las luchas contra el filibusterismo filipino, en la expedición española a Italia, en la guerra de Africa del 60, y en la campaña del Pacífico junto a Méndez Núñez. Indudablemente —dice uno de sus escasos biógrafos— la historia no puede en modo alguno olvidar sus aventuras entre los esteros y canalizas del archipiélago de Chiloé, una empresa marinera fabulosa que tal vez pasara inadvertida a muchos españoles. Asimismo con la fragata “Blanca” tomó parte en el bombardeo de Valparaíso y en el combate del Callao, y herido gravemente en este último fue recompensado con la Gran Cruz de Isabel la Católica y ascendió a brigadier por méritos de guerra. Topete fue por tanto un marino de brillante hoja de servicios, honrado y patriota a carta cabal y si sus intervenciones en el juego político de la época despertaron suspicacias o críticas de los intransigentes, no hay que olvidar que los rumbos que las determinaron estuvieron muy influidos por el signo de los tiempos que le tocó vivir. Y como prácticamente es imposible disociar el hombre de su época, podría aducirse en frase orteguiana, la necesidad de contemplar al marino en función de su circunstancia histórica y sociológica; es decir, en la imagen de

una España en fuerte marejada política, enfrentada a duros vientos demagógicos, agitada de babor a estribor por bandazos revolucionarios, y en trance de irse a pique con un glorioso lastre de siglos a bordo. En Topete van a concurrir por distintos avatares las posibilidades de buscar nuevos impulsos, y va a intentar manejar el timón con firmeza, aun a sabiendas de que no van a ser pocos los escollos que ha de sortear inexorablemente.

Generalmente, la historia ha tratado duramente a Isabel II. Sus poco frecuentes apologistas la justifican teniendo en cuenta su temprana edad y las desdichadas circunstancias en que tuvo que subir a trono de sus mayores. Sus detractores, que son mucho más abundantes, le echan en cara los numerosos defectos heredados de su padre Fernando VII y aun los aportados de propia cosecha. Como se ha escrito, la Señora hubiera encajado mejor que en palacio en medio de la majeza bravia del pícaro Madrid. Lo cierto es que presidió el desconcierto de su época con una incertidumbre verdaderamente tenaz. Doña Isabel ganó a su pueblo y lo perdió. Lo ganó la princesa liberal y campechana y lo perdió la penitente impenitente de las indulgencias concertadas. No es de mi incumbencia afirmar o negar disquisiciones históricas o tomar partido y pronunciarme a favor o en contra de las mismas. Intento solamente señalar el escenario en que se mueven nuestros personajes, desde la plataforma de los propios partidos políticos, hasta el de las salas de banderas de los cuarteles y las cámaras de oficiales de los buques, a los que llega un clima de pasionamiento y compromiso de muy difícil extracción. Las guerras en el XIX fueron continuas y ello favoreció la movilidad de las escalas profesionales. De soldados llegaron a generales muchos de los conspicuos ennoblecidos que el paso del tiempo puede inducirnos a considerar como nobles. Los títulos de los generales isabelinos son títulos de batallas más o menos ganadas por los beneficiarios. Pero debajo de ellos se ocultaban hombres salidos del campo, de las clases medias, de la burguesía, poseedores de un especial olfato popular, reacios a las concepciones anquilosadas de la vieja nobleza, mal mirado por ella, y sobre todo atentos al incremento de su poder personal. Salvador de Madariaga nos ha dejado una curiosa descripción del militar político de la época, que naturalmente no vamos a glosar aquí, pero que en mayor o menor relieve proliferan como ubérrima cosecha en el bien abonado terreno decimonónico. Ni Topete ni sus compañeros de armas, sublevados en Cádiz, iban a ser la excepción de la regla, no obstante su adscripción a un cuerpo de élite, como es la Armada, directa, herederos de los marinos ilustrados del siglo XVIII, cultos, refinados y de un excelente talante de profesionalidad. Así, cuando se produce la hora "H" del pronunciamiento septembrino, la entrada en escena —con Topete al frente— de los barcos anclados en la bahía gaditana, dará a la Armada un protagonismo, no buscaba hasta entonces, de primera fila.

Se ha dicho que la Revolución del 68 fue la obra de tres partidos, los mismos de 1854; es decir, unionistas, progresistas y demócratas. En la revolución de septiembre, los unionistas pusieron los generales, los progresistas las barricadas y los unionistas las ideas. Sea válida o no la hipérbole, el con-

glomerado resultaría a la postre un auténtico batiburrillo. Los progresistas habían perdido mucho de su antiguo empuje. Fue un grupo vociferante con infulas de ilustrado, que se comía al mundo por la boca chica de los pronunciamientos... y pare usted de contar. Pero fue algo más que un grupo, porque pudo y sirvió de aglutinante a una burguesía inquieta, ávida de reformas y a unas clases medias esquilmadas ansiosas de “progreso”. Olózaga, su santón, estaba en los albores de la revolución suficientemente desprestigiado y los duros como Garrido y los demócratas más aguerridos le atacaron a fondo. Y sin embargo, en estos momentos difíciles, el progresismo tuvo un líder incontestable a quien debe su supervivencia y su fuerza: el general Prim. Por lo que tuvo de hombre decimonónico modelo, el general encajaba a la perfección dentro del aparato psicológico de las fuerzas que sostenían al partido escalador por sus propias fuerzas de cada peldaño del poder; valeroso y terminante en sus ideas, que posiblemente no fueran ni muchas ni profundas, y con un sentido innato de conspirador, se adjudicó en seguida el caudillaje de la Gloriosa. Pero Prim no quería una revolución de barricadas como muchos de sus correligionarios, porque sabía que ello entrañaba un balance y un reparto inaceptable. Por eso se apoyó en Topete, más moderado, más equidistante de radicalismos, y en el prestigio de una marina de talante liberal si se quiere, pero a mil años luz de las conmociones conminatorias.

En el flanco contiguo la Unión Liberal estaba muy desgastada por el uso del poder, pero además este campo heterogéneo de intereses y personajes constituía un conglomerado de reliquias más que un cuerpo coherente. Su jefe, O'Donnell, había muerto ese mismo año, y Serrano, “el general bonito”, ya olvidado de la priveranza de que disfrutó, no podía compensar con su antidinastismo la sensación que daba de ser un heredero menor. Por eso —y todos los caminos parecen ir a Roma, en este caso Cádiz— busca también en el prestigio de Topete y la Marina su proyección política.

Y por último están los demócratas de Ruiz Zorrilla o Nicolás María Rivero, que ocultaba tras la estridencia de unos pocos un amplio sector de militantes “teóricos”. La Revolución del 68 fue un intento de salvar la España tradicional por un camino europeizante de reestructuración liberal y burguesa. Postulados que naturalmente suscribía Topete. Y aquí se rompió el invento, porque junto a este intento pesaba inadvertidamente una intención más profunda de llevar las cosas al fondo y de echar abajo la estructura toda para construir una nueva de muy distinto cuño. Lo que pasó fue lógico, que una revolución edificada sobre un ideario provisional y montada en la trampa común de echar a la reina, tendría problemas — como los tuvo — a la hora de rendir cuentas y repartir ganancias.

¿Hasta qué punto fue fundamental y decisiva la intervención de la Marina en la preparación, desarrollo y consecuencias de la Revolución de 1868? El historiador mejicano Mendieta Núñez, en su interesante libro “Teoría de la Revolución”, considera cuatro etapas bien definidas en toda conmoción política. Primera, incubación; segunda, lucha armada y organi-

zación provisional del nuevo régimen; tercera, triunfo y consolidación del poder revolucionario, y cuarta, creación de nuevas formas de convivencia. El papel de la Marina en cada una de estas fases puede ser muy debatido. En el de incubación, deja hacer a los generales comprometidos y apenas toma parte activa en el compromiso, aunque ya se sabe que se cuenta con Topete como su portavoz. Para la lucha armada —en el caso que pueda haberla— y organización provisional del nuevo régimen, la presencia en Cádiz de las fragatas “Zaragoza”, “Tetuán”, “Villa de Madrid” y “Lealtad”; los vapores “Ferrol” y “Vulcano”; las goletas “Edetana”, “Santa Lucía”, “Concordia” y “Ligera”, y los transportes armados “Santa María” y “Tornado” es de una importancia vital. La noche es muy oscura y la mar muy gruesa, lo que es también todo un símbolo. Todos los comandantes de las naves estaban alertados y de acuerdo, a excepción del de la “Ligera” don Vicente Montojo, al que Topete no se atreve a proponer de modo claro su participación en el alzamiento; y cuando suenan los cañones de esta escuadra de combate en veintiuna salvas, el trono de Isabel II se derrumba. La Marina esta vez ha ayudado no ya al simple impulso de un cambio gubernamental, sino a algo mucho más serio y estremecedor: al derrocamiento de un trono y de unas instituciones seculares. Cabe atribuirle entonces toda la parte de responsabilidad histórica que lleva aneja, pero cabe medir también sus consecuencias y sus resultados.

En cuanto a las restantes fases del proceso revolucionario, en el triunfo y la consolidación del nuevo poder, la Marina apenas juega papel alguno, porque los espadaones de la política o los políticos de las casacas, se los van a repartir todos, y con respecto al último estrato del proceso revolucionario, la creación de nuevas fórmulas de convivencia, cabe preguntar, ¿pero fue posible la convivencia? Comin Colomer, en su libro “Historia de la Primera República”, escribe: “Algo había sin embargo que empalidecería aquel cacareado triunfo y no era otro que la propia desunión de las fuerzas políticas que llevaron a cabo la revuelta. En Cádiz hubo sangrientos choques entre el ejército y los elementos republicanos, y en Burgos los exaltados asesinaron al gobernador civil por simples cuestiones personales que se emborzararon en la política. En Jerez y El Puerto de Santa María también hubo graves incidentes, pues la milicia nacional era completamente republicana y fue ordenado su desarme desde Madrid. Pero en Cádiz —añado— las cosas fueron aún peores, pues la batalla se planteó en toda regla, teniendo el general Caballero de Rodas que reducir a los insurgentes y encerrar en prisión a los cabecillas, entre los que ya se cuenta Fermín Salvochea, que tanta guerra habrá de dar en años posteriores.”

La historia nos brindará un desolador panorama precisamente en estos años que siguen. La búsqueda de un rey fuera de nuestras fronteras; la implantación de la I República con cuatro presidentes en menos de un año y el episodio de los cantonales; el cerrojazo de Pavía a unas Cortes desbordadas... Si mala había sido la enfermedad, peor estaba resultando el remedio; y los hombres que leal y dignamente habían alzado la bandera de una

España que creían mejor fueron los primeros en sufrir las consecuencias de la desilusión, el desaliento y la amargura. Entre ellos, y en vanguardia también del desengaño, va a estar don Juan Bautista Topete, el almirante de la Revolución.

¿Pero cómo era el almirante de la Revolución? Que don Juan Topete fuese el prototipo del bravo soldado y bizarro marino en el encuadre del siglo XIX está fuera de toda duda. Nieto e hijo de marinos de brillantes carreras tenía que sentir forzosamente la llamada de la sangre. Su abuelo don Ramón tripuló las baterías flotantes que sitiaron Gibraltar, fue el héroe de Brión en la reñida defensa de El Ferrol contra los ingleses y murió con el empleo de jefe de escuadra, de comandante general de los Regimientos de la Infantería Real de Marina en el Departamento Marítimo de Cádiz. Su padre, don Juan Bautista, después de pasar por todos los cargos y destacarse por su valor en las guerras de separación de América, desempeñó el cargo de ministro de Marina en un breve gabinete de Narváez y también murió de jefe de escuadra en Madrid. Sus hermanos don Ramón y don Ángel también alcanzaron el almirantazgo después de largos servicios en España y América en los que el propio don Juan Bautista no estuvo tampoco ausente. Ya lo hemos consignado como héroe en Filipinas, en África y en las acciones del Pacífico dando una limpia imagen del marino esforzado y patriota al que podrá sorprenderse de buena fe, pero nunca conducirlo de frente hasta la deslealtad.

Junto al marino está también el hombre de su época y de su mundo, el político. Entiéndase bien, el político vocacional no el profesional de la política. La historia nos lo ha situado en este primer plano de la Marina comprometida hasta el extremo de atribuirle la primera jefatura del pronunciamiento en ausencia de Prim. Fernández Almagro estima que “era el indicado necesariamente”, lo que da fe de su dedicación y su entrega a la causa que defiende. Ministro de Marina en el primer gabinete revolucionario, busca en seguida, por patriótico espíritu de cuerpo, más arreglar las cosas de la Armada que brillar en el espejismo político. Y hombre de indudable arraigo en la institución (lo prueba la lograda y eficaz coordinación del golpe), es posible que hubiese conseguido unas rápidas mejoras para la misma de no haber desembocado casi en seguida la Revolución por tortuosos cauces. De él se ha dicho: “De todos los hombres que entraron en la Revolución, pocos hubo que llevasen a ella menos ambición que Topete. Y más adelante se añade: “Fue un equivocado que soñó para su Cuerpo y su Patria” una era de venturas. Lo primero es una verdad como un templo. Lo segundo tal vez sería más justo sustituir la palabra equivocado por la de “soñador”, pues fueron sueños de una España más sana y menos contaminada por intrigas y rencores los que alentaron sus impulsos.

Topete creía en el liberalismo emocional con sus dos principios fundamentales, la soberanía nacional y el sufragio universal, pero ello no le convertía en demagogo. En toda Europa se había impuesto el liberalismo democrático frente a otras corrientes burguesas y doctrinarias y en España

el triunfo de la Revolución de 1868 consolidó un posicionamiento análogo, pues el primitivo plan de los coaligados —el destronamiento de Isabel II— complacía a todos: progresistas, unionistas, demócratas y naturalmente también a carlistas y republicanos, aunque éstos tuvieran distintos puntos de vista sobre las posteriores implicaciones del desenlace. Pero ya es sabido que las revoluciones son incontrolables y que van mucho más lejos de los límites que ilusoriamente se les quiere imponer, por eso Topete fue apartándose poco a poco de ella. Será el “no es esto, no es esto”, repetidos después tantas veces en las constantes de la historia. No sería por tanto justo cargar sobre el almirante la responsabilidad de la cuesta abajo de los acontecimientos que se suceden. En la monarquía de don Amadeo —al que no había votado—, su hombría de bien y profesionalidad sin tachas le llevaran a desempeñar la cartera de Ultramar, en días en que hay que hacer acopios de una buena dosis de imaginación para los asuntos de política exterior. En la I República, tiene una valiente intervención con espectacular arranque patriótico que es preciso destacar, recuperándolo después Serrano para el Ministerio de Marina, en el período que va desde el final de la República hasta el pronunciamiento de Martínez Campos. Restaurado don Alfonso XII y reconocido por don Juan Bautista, fue ascendido a vicealmirante y nombrado senador vitalicio, título que ostentó hasta su muerte en 1885.

El compromiso de Topete para con la Revolución fue importantísimo. Con él —reconoce Miquel i Verges—, “la Revolución no ganaba solamente a un militar”; tenía a su lado a la Marina, que hasta entonces se había mantenido o no supo verlo el presidente del Consejo González Bravo, cuya miopía política en aquellos días rayaba casi en la ceguera total, hasta el extremo de que en la propia víspera del alzamiento escribía al gobernador civil de Cádiz, tranquilizándole de las sospechas que comenzaba a tener y aun aconsejándole que si algún alboroto se iniciaba en la ciudad “acudiera sin temor a la Marina surta en la bahía en la que tenía plena confianza”. Si la ONCE estuviera implantada en aquellas fechas, no cabe duda que González Bravo sería el mejor vendedor de sus cupones. Pero las luminarias de la victoria septembrina no pueden ensombrecer, por paradójico que parezca, la actitud y línea de conducta del marino, al que autores poco objetivos han imputado móviles que estuvo muy lejos de sentir.

Topete, como la mayoría de los hombres que secundaron el alzamiento, era monárquico convencido, si bien como directo descendiente del progresismo profesaba los dogmas de soberanía nacional y el constitucionalismo democrático para la monarquía que propugnaba. Lo que Topete, quería como gran parte de sus compatriotas, era acabar con las secuelas de una monarquía gastada y una dinastía ahora impopular. Ahora bien, en el planteamiento postrevolucionario se declara partidario de doña Luisa Fernanda (hermana de la reina destronada) y de su marido, don Antonio de Orleans, duque de Montpensier, a cuyas expensas se había fraguado la conspiración en buena parte. Pero la restauración montpensierista no hubiese supuesto una total exclusión borbónica en razón de su esposa y

habría sido como una restauración de puerta falsa. ¿Estaba Topete conforme y de acuerdo con ello? Existe una interesantísima documentación con correspondencia cruzada entre Topete, Serrano y Prim, que aclara términos, define posturas y analiza posiciones.

Sea como sea, Topete prestó su colaboración más leal al alzamiento y con ella aportó el notable esfuerzo de la Marina. Galante y caballero sólo exige que el movimiento se inicie cuando la reina se ausente a las costas cantábricas, lejos de Madrid, a fin de que pueda cruzar la frontera sin peligro alguno para su persona. Topete es así la figura romántica del pronunciamiento, pero también el hombre eficaz de la conjuración, ya que convenció personalmente al comandante de la "Zaragoza", don José Malcampo—su antiguo compañero de andanzas filipinas—, y a Rodríguez de Arias, comandante de la "Villa de Madrid", al que ya había intentado anteriormente atraerse la propia duquesa de Montpensier. Influyó también muy directamente en sus restantes compañeros y subordinados: Sánchez Barcaiztegui, Uriarte, Pílon, Pardo, Vial, Oreyro y los hermanos Guerra, y tomó la entera responsabilidad de la proclama publicada en Cádiz.

Si nos hemos detenido, quizá excesivamente, en la contemplación del Topete político, proyectado en la imagen de su tiempo, veamos también la actitud del profesional competente y entusiasta inserto en la problemática de la institución a la que pertenece. En el Gobierno provisional de 1868 se encargará de inmediato de la cartera de Marina y aunque los augurios no predicen optimismos de organización, publica dos decretos: el primero, de supresión de los centros administrativos que estaban en vigor desde 1867 y que constituían el Ministerio de Marina, y el segundo creando una Junta provisional de Gobierno de la Armada que habría de funcionar hasta la constitución de un nuevo almirantazgo que Topete deseaba crear a imagen y semejanza inglesa, pero con ciertos "atisbos" a la española, y que funcionara con eficacia y eficiencia. Pero las circunstancias de toda índole que acompañaron su alumbramiento, lo harían también fracasar. Y no precisamente por las personas que integraron la Junta provisional primero y el Almirantazgo después, ya que de presidente de ambos organismos actuó el propio Topete y de vicepresidencia don Casto Méndez Núñez, al que Topete había hecho regresar del Pacífico, y don Juan Bautista Antequera, otros de los marinos que habrá de sobresalir principalmente en los años de la Restauración.

Designada la Junta provisional, Topete le encomienda que además del despacho ordinario de los asuntos de la Armada atienda a la completa reorganización de la misma, completando y redactando un proyecto de Ley Naval que debe ser presentado a las Cortes constituyentes para su definitiva aprobación. En dicho proyecto, ambicioso en cuanto a la forma y al fondo, debía estar contenido:

1.º El reglamento del Almirantazgo que en lo sucesivo debe regir en la Armada.



- 2.º La clasificación del personal activo y pasivo de todos los Cuerpos.
- 3.º Una ley de ascensos y personal para la constitución de los cuerpos de la Armada.
- 4.º La simplificación del sistema de contabilidad.
- 5.º La organización y el fomento de los buques y arsenales.
- 6.º La regulación del material que debe constituir la fuerza marítima del país.
- 7.º La enajenación del material inútil o inservible.
- 8.º El arreglo y la nueva redacción de presupuestos.
- 9.º El estímulo para el voluntariado en el servicio naval mejorando las condiciones actuales del hombre de mar.
- 10.º El fomento y desarrollo de la marina mercante.
- 11.º El fomento y desarrollo de los establecimientos científicos.
- 12.º Un programa de ampliación de la ilustración de la juventud de la Armada.
- 13.º La reorganización de la artillería y de la infantería de Marina.
- 14.º La reforma del cuerpo de Sanidad de la Armada.
- 15.º Organización de los cabos de cañón.
- 16.º Reforma de la Escuela de Contramaestres.
- 17.º La redacción de un nuevo Código Penal Naval.

Como puede advertirse es todo un programa que sólo quedaría en esbozo, pues en aquellos años no siempre las buenas intenciones y propósitos se veían coronados por el éxito.

En febrero de 1869, Topete, de acuerdo con la Junta provisional, que ya había iniciado el programa de reformas, instituye el nuevo Almirantazgo dividido en nueve sesiones y cuyo reglamento se publicó también en el mismo año, estableciéndose también el Tribunal Supremo de la Armada. Con este Almirantazgo se pretendía desligar la acción particular del ministro, hombre político que desde 1857 por sí mismo o por medio de consejeros venía actuando con independencia en lo referente a la legislación, mando y administración de la Marina. En este orden de cosas el nuevo organismo trataría de arrogarse dicho cometido técnico, al objeto de que, como sucedía en Gran Bretaña —de donde se tomaba el modelo—, pudiera subsistir al margen de los cambios políticos y de los diversos sistemas de gobierno.

A pesar de los entusiasmos desplegados, el Almirantazgo no tendría larga vida, pues al caer Topete en 1873 su obra no tardaría en disolverse. Aun así, no obstante la brevedad del cargo, que estuvo condicionado a paréntesis políticos y los sinsabores de la situación, Topete, “lleno de vigor y de ilusión”, dejó la huella de una serie de reformas que también merecen reflejarse y entre las que sobresalen el establecimiento de una escuela naval flotante con su reglamento y planes de estudios, y la aprobación de otra reglamentación para ingenieros de la Armada, Cuerpo de Sanidad y Eclesiástico, preocupándose también muy directamente del estado y desarrollo de la infantería de Marina, de la que dice está llamada en el futuro a operar

con el Ejército, y a la que dio unas nuevas ordenanzas, por entender que eran insuficientes las del Ejército que se les venía aplicando.

Al margen de la obra de Topete, en la que la voluntad imaginativa es innegable, la Gloriosa fijó o, por mejor decir, quiso fijar, las directrices de un comportamiento histórico coherente con los objetivos que propugnaba. El Gobierno provisional en donde Prim constituía la personalidad dirigente, dispuso elecciones para Cortes constituyentes y logró con presiones eficaces que los republicanos no obtuviesen más que una quinta parte de las actas. La Asamblea, pues, pudo elaborar una Constitución monárquica, aunque su carácter extremadamente avanzado la hicieran inviable para muchos, pero el problema era ahora el de encontrar un rey, aunque la Armada, rebasado su papel histórico, no estuviese ya comprometida en tan insólita búsqueda...

La revolución de septiembre, con sus luces y sus sombras, dejaba abierto un paréntesis que el tiempo se encargaría de cerrar, haciendo bueno el refrán de que "quien siembra vientos recoge tempestades". Y toda la pericia marinera de don Juan Bautista Topete y Carballo, el almirante de la revolución, no fue suficiente para sortearlas.